

SUJETO CORPÓREO, TRABAZÓN INTERSUBJETIVA Y EXPERIENCIA EMOCIONAL. PROPUESTA FENOMENOLÓGICA

M^a Luz Pintos Peñaranda. Universidad de Santiago de Compostela

El tema de las emociones que aquí nos convoca nos sitúa en el plano de lo *vivido* y esto, como sabemos, forma el corazón del enfoque fenomenológico sobre el ser humano. Para iniciar este tema vamos a partir de la pregunta de qué es lo que en la subjetividad humana origina la aparición de emociones, afectos o sentimientos¹, lo cual es lo mismo que preguntarse en qué consiste la subjetividad humana. Pues bien, cuando Husserl se planteó esta cuestión entendió que ésta implica preguntarse en qué consiste el vivir humano y, por tanto, en qué consiste, en sus estructuras más esenciales, ese pequeño mundo (su «mundo de la vida» o *Lebenswelt*) en el que el sujeto vive y desenvuelve su vida específicamente humana. Porque no debemos entender al ser humano como una entidad independiente de su mundo entorno específico, como si el vínculo entre él y su mundo fuese algo meramente externo y no originario. No; para Husserl, la subjetividad humana y el mundo en el que está inmerso están estrechamente vinculados entre sí; de tal manera que no se entiende el uno sin el otro. Pero mostrar esta interdependencia sujeto-mundo no ha de llevarnos únicamente a la consideración de que lo que es el ser humano lo es por estar enclavado en un mundo de sentido simbólico-cultural, sino también a la consideración inversa: el factor biológico juega un importante papel en el arranque del fenómeno humano y cultural. Dicho esto, ¿dónde tienen su origen las emociones, sentimientos o afectos: en el plano biológico del ser humano o en su plano cultural? Es decir, ¿las emociones, le sobrevienen al ser humano porque, en su convivencia social, jamás deja de ser un animal corpóreo-biológico o, por el contrario, es su formación cultural la que propicia en él la aparición de sus diversas emociones? La respuesta no es simple. Y no lo es porque, como veremos, los planos biológico y cultural no son tan independientes y discernibles como para que pudiéramos señalar a uno u otro de

¹ Utilizaré los conceptos *emoción*, *afecto* y *sentimiento* indistintamente ya que, en términos generales, son sinónimos. «Sentimiento» proviene de *sentire*, y éste tiene un triple significado: a) percatarse de la realidad; b) percibir sensaciones tales como, por ejemplo, las perceptivas que nos llegan por cualquiera de nuestros sentidos; y c) experimentar alguna emoción, tal como, por ejemplo, la pena o la indignación. Pues bien, este tercer significado equivale al sentimiento emotivo o «emoción». La etimología de la palabra emoción (*emoveo*) aclara que ésta supone un movimiento, un movimiento del ánimo, un alterarse o removerse nuestro interior cuando sucede algo que *le afecta* muy en especial. En este caso decimos que aquello que levanta en el sujeto un sentimiento emotivo está para él cargado de «afecto» o «afectividad»: le ha causado impresión (*afficio*) y ha suscitado en él una reacción afectiva, emoción o sentimiento.

ellos como el origen absoluto de las emociones. Esto es lo que quisiéramos mostrar en este trabajo: la enorme complejidad con la que nos encontramos al abordar este tema. Esta complejidad proviene, en primer lugar, de que la capacidad y posibilidad de vivir afectivamente, de un modo pre-reflexivo y *natural*, es un fenómeno universal e inevitable para todo animal humano. En segundo lugar, debido a que nuestro *Lebenswelt* es un mundo intersubjetivo, un mundo común, y a que vivir en él con otros sujetos lleva siempre consigo *aprendizaje cultural*, los sentimientos pueden verse mediatizados por hábitos que, una vez aprendidos, operan en la vida afectiva de cada individuo. En tercer lugar, y sobre este doble fondo de una vida emotiva natural que, a su vez, es interferida por un aprendizaje cultural, el sujeto humano siempre cuenta con la posibilidad de distanciarse de sus sentimientos desde una *actitud teórica*; tal actitud le permite someterlos, de un modo consciente, a juicio valorativo, ya para ratificarse en la oportunidad de esos sentimientos ya para intentar cambiarlos, y siendo la posibilidad de esta actitud nuestro «además» específicamente humano en relación a los sentimientos.

Estos son, pues, los tres distintos niveles en los que aparecen las emociones o sentimientos y que aquí quisiéramos sugerir como esquema de análisis bajo las respectivas denominaciones de nivel *natural*, nivel *cultural-práctico* y nivel *cultural-teórico*. Nos referiremos a ellos en lo que sigue.

(a) Las emociones en su nivel *natural*: El ser humano es, primariamente, un sujeto corpóreo y, como tal, su existencia consiste desde el principio en un «estar-corpóreamente-en-el-mundo». Ser un ser corpóreo y no una subjetividad aislada e interior que nada tiene que ver en su esencia humana ni con los demás ni con la naturaleza corpórea, es lo que le hace estar entrelazado carnalmente con los demás humanos. La coexistencia intersubjetiva forma la esencialidad de cada sujeto humano desde el inicio de su existencia, constituyendo esta experiencia la matriz de las emociones, sentimientos o afectos. Veámoslo.

Desde el seno materno y desde que es nacido, todo ser humano necesita biológicamente de los demás. Primeramente necesita de ellos nutrición y amparo. Desde su propia necesidad va al encuentro de los demás. Ahora bien, el encontrarlos depende de ellos; depende de que los demás acudan al recién nacido y se vayan introduciendo realmente en su vida; y, aunque en realidad son los otros los que vienen al encuentro del niño y penetran en él, la tendencia a acudir a los otros para buscar nutrición y amparo se convierte en necesidad de acudir a ellos en busca de socorro. Y es así como cada individuo humano empieza a estar en la realidad: como un ser *necesitante*. De ahí que diga Ellacuría que, el neonato, «en su primario estar en la realidad...se encuentra a sí mismo como realmente necesitado, pero necesitado de los demás; [por lo tanto] se encuentra a sí mismo como vertido indigentemente a los otros. No a cualquiera otros..., sino a los que lo pueden socorrer». Y continúa: éste «es un dato inicial, que podría ser superado, pero no anulado. Por sentir la necesidad de socorro, el hombre está abierto a los otros

sentientemente desde sus propias estructuras biológicas»². Como nacemos tan indefensos y tan necesitados de los demás, estamos biológicamente obligados a mantener una relación muy estrecha con ellos, y a participar en una vida de convivencia, de relaciones interpersonales; éstas relaciones siempre generan sentimientos; sentimientos que, desde que iniciamos la existencia, van, pues, a ocupar un papel central en nuestro comportamiento. Significa esto que, desde sus mismos inicios, nuestra vida va a estar inmersa en una constantemente renovada relación humana interpersonal *afectiva*, es decir, *sentimental*, y ésta implica por sí misma una relación de apego (hacia los otros que pueden socorrer al neonato) o desapego (hacia aquellos que, a pesar de estar alrededor de la nueva criatura, no le aportan nada). Y como nos señala Carmelo Monedero, los sentimientos son una toma de postura — naturalmente *vivencial* y no razonada— que incluye valoraciones: la nueva criatura siente las relaciones con los otros según el esquema de lo valioso y lo no valioso; porque sentir o experimentar una relación con otro individuo comporta siempre una evaluación — *vivida* primeramente de modo emotivo— de esa relación y una toma de posición ante lo que me rodea³; evaluación que es, finalmente, la que se traduce en los diversos sentimientos que se levantan en el sujeto. Los sentimientos son tomas de posición que nos hacen adoptar una determinada actitud ante la vida. Por lo tanto, nacer biológicamente necesitados de los demás y vertidos hacia ellos, vivir envueltos en una continua relación interpersonal y en la trabazón de los-unos-con-los-otros conlleva que *los sentimientos sean el punto de partida (pre-razional) de toda vida humana y de toda cultura, y que nuestro primer trato con la realidad sea afectivo, emotivo o sentimental*⁴.

Ahora bien, no se trata de que en las relaciones del sujeto con los otros, «además» de otras cosas, éstas le puedan causar o no sentimientos para con ellos y sus acciones, sino de que no hay relación interpersonal que al sujeto no le afecte de un modo u otro y le haga experimentar algún tipo de sentimiento o emoción: alegría, pena, miedo, indignación, amor, asco... El contacto con los otros incluye siempre, y en un grado de poca o mucha intensidad — y ya sea consciente o inconscientemente—, una atracción o una repulsión y, por consiguiente, una percepción afectiva de la realidad. Ésta era una de las principales ideas que nos quería transmitir el propio Freud: toda nuestra conducta — la cual tiene siempre como fondo inescapable algún tipo de relación con las personas que nos

² *Filosofía de la realidad histórica*, Trotta, Madrid, 1991, p. 168 (cursivas nuestras). Cfr. También X. Zubiri, *Sobre el hombre*, Alianza Editorial, Madrid, 1986. Ambos autores muestran que la realidad material-biológica constituye la base del ser humano y, por ello mismo, también de la cultura y de la historia.

³ De ahí que diga este autor que «lo que llamamos sentimientos son una continua toma de posición que yo adopto respecto a las circunstancias que se concitan en mi vida». Cfr. *Antropología y Psicología*, Pirámide, Madrid, 1995, p. 97 y cap. 12 en general.

⁴ En mi escrito «¿Dónde nace el sentido de la justicia y a qué nos debe llevar? La aportación de la Fenomenología», en el libro colectivo M^aX. Agra (ed.), *En torno a la justicia* (Eris, A Coruña, 1999), he aplicado esta idea al tema de la ética y, más en concreto, al de la justicia, llegando, desde la Fenomenología, a la siguiente conclusión: la más primigenia constitución de valor (por ejemplo, de lo que es justo o injusto) tiene lugar originariamente de un modo preteórico, en la emoción o el sentimiento. Además de los actos de juicio que se producen en los actos de actitud teórica, hay otros juicios que aparecen en la propia actitud valorativa y práctica; actitud ésta que, lejos de ser una actitud de reflexión teórica, se da en vivencias de emoción, o lo que es lo mismo, en los sentimientos, los cuales son, por tanto, constituyentes de algún modo. Es esto lo que Husserl quiere expresar cuando dice que la moral es de sentimientos aunque se exprese predicativamente en juicios.

rodean— está cargada de afectividad, es decir, implica una gran carga emocional, nos cause o no problemas. Todo individuo vive de un modo afectivo antes que cognoscitivo, ya que la existencia personal, al ser esencialmente inter-personal, está envuelta en una atmósfera de sentimiento. Por todo ello, podemos ahora decir que el comportamiento emotivo es un comportamiento en el cual simplemente *vivimos*, y que no consiste en un acto premeditado o racional en primera instancia o del que, por lo menos, pudiéramos escapar a capricho. Nos viene impuesto de forma natural y es, pues, algo cosustancial a nuestra naturaleza animal.

Al nacer muy indefensos y necesitados de los demás, la propia biología ha puesto en todos nosotros —al igual que en los homínidos no humanos— una capacidad que resulta ser imprescindible para el normal ejercicio de la vida en común y, por tanto, para desarrollar normas sociales de comportamiento: la capacidad de captar intuitiva y emotivamente al otro, de sentir lo mismo que el otro puede sentir, por medio de la *empatía* y la *simpatía*. Estos dos mecanismos naturales pre-rationales son buena prueba de la existencia de una trabazón también natural entre nosotros. Pensemos que la naturaleza se rige por un principio de economía: jamás aparece en un ser vivo una capacidad ociosa; si surge en él es porque hay algo que la precisa, y está claro que nuestra indefensión en los primeros estadios de la vida origina la necesidad de los otros y, por tanto, la necesidad de entendernos con ellos — que es lo que, en principio, nos posibilita la empatía— desde mucho antes de estar preparados para «entender cognoscitivamente» esta relación y de buscarla de un modo premeditado o racional. La *empatía* es lo que nos permite imaginarnos a nosotros mismos en la situación del otro individuo. Literalmente significa «sentir dentro», es decir, ser capaz de penetrar afectivamente en los sentimientos de otro y compartirlos; por ejemplo, su dolor, su miedo, su indignación, su alegría, etc. Esta sensibilidad hacia lo que el otro siente puede venir seguida de una *simpatía* hacia él; o sea, de una reacción de preocupación y de impulso a hacer algo para remediar lo que al otro le está pasando y motiva, por ejemplo, su dolor. Pues bien, la empatía y la simpatía no son producto del intelecto, sino reacciones naturales, *fruto de una intuición emotiva*. El mundo de coexistencia inevitablemente genera sentimientos, y si estos son piezas fundamentales para lograr la integración social en una comunidad mediante la cooperación e intercambio entre los individuos, para conseguir esto son absolutamente imprescindibles la empatía y la simpatía. Ellas son las que nos permiten reaccionar ante los sentimientos de los demás, comprender a los demás, reaccionando por nuestra parte también con una respuesta emotiva. Y continuamente estamos reaccionando a los estados de ánimo y a los sentimientos de los demás, respondiendo con una evaluación emotiva — es decir, *vivida* mucho antes que pensada— ante los sentimientos positivos y negativos de los demás. Porque soy capaz de ponerme empáticamente en el lugar (ánimico) de los desplazados albanos-kosovares víctimas de los serbios, soy capaz de simpatizar con su malestar y con sus sentimientos de dolor, de impotencia y de indignación ante la injusticia que están sufriendo. Y, porque simpatizo con ellos en sus sentimientos, me indigno yo también, y hago mío su sufrimiento. Por lo tanto, es este sentimiento de indignación comúnmente compartido y vivido lo que,

llegado el caso, va a hacer de plataforma de lanzamiento para un acto de protesta ante tamaña injusticia; injusticia en principio sufrida en carne ajena. *Es, pues, como si la propia biología hubiera puesto en todos nosotros una capacidad especialmente valiosa e imprescindible para el normal ejercicio de la vida en común: la capacidad para captar intuitiva y emocionalmente lo que todavía no ha sido objeto de racionalización por parte del individuo.* La capacidad de captación intuitiva y emotiva por medio de la empatía y de la simpatía son mecanismos generadores de sentimientos; sentimientos *evaluadores* que, como tal, mediatizan la relación de un individuo con los otros. Porque una cosa es lo que *vivimos* emocionalmente como bueno o como malo, y otra lo que *pensamos*, a nivel racional, amparándonos en tal o tal otro principio argumentativo, que está bien o que está mal. Por lo tanto, hay una preconstitución, vivida de un modo natural y espontáneo, anterior a la que es fruto del aprendizaje y de un enjuiciamiento teórico evaluativo. Los seres humanos somos criaturas dotadas de inteligencia racional pero también de impulsos y de sentimientos.

(b) Las emociones en su nivel *cultural-práctica*. Pese a que no existe ningún ser humano que no experimente espontáneamente, y ante toda situación en la que se implique, algún tipo de sentimiento, esto no quita que, a nivel de la existencia empírica del sujeto, aquello que sentimos cada uno ante una acción u otra no tenga su origen en un *aprendizaje*. Siempre hay una concepción ideológica en la que se asienta todo sistema social que, por ejemplo, sancione como justa o injusta alguna cosa. Por lo tanto, el sujeto, integrado en su cultura, *sentirá* —emotiva o afectivamente— una acción humana como justa o injusta como consecuencia de todo un proceso de instrucción o aprendizaje efectuado sobre él de un modo explícito o muy sutil. Esto lo ha analizado muy en detalle José Antonio Marina en *El laberinto sentimental*, valioso tratado de los sentimientos humanos. Como aquí nos indica —muy fenomenológica y orteguianamente—, las ideas se piensan; en las creencias *se está*. Las creencias son un esquema mental aprendido y que permanece estable formando parte de la memoria de los individuos, condicionando subjetivamente su experiencia de la realidad. Por debajo de los sentimientos que aparecen espontáneos y originales, actúan creencias fundamentales que vienen siendo una parte de los hábitos operativos que, a modo de memoria personal, intervienen en todas nuestras conductas intelectuales, motoras y, cómo no, *afectivas*⁵.

(c) Las emociones en su nivel *cultural-teoría*. Elementos de nuestra cultura que muchas veces tenemos por un «constructo cultural» que nada tiene que ver con la naturaleza —por ejemplo, la moralidad, la política, etc.—, sí tienen que ver; y mucho, ya que los sentimientos de gratitud, de obligación, de venganza, de horror, de amor, de indignación, etc., están siempre a la base de todo elemento cultural que implique convivencia interpersonal. Ahora bien, los humanos contamos con una posibilidad exclusivamente nuestra y no compartida con los restantes homínidos:

⁵ *El laberinto sentimental*, Barcelona, Anagrama, 1996, pp. 132 y ss, 140, 266 y ss..

la capacidad para distanciarnos de los que sentimos o vemos que sienten los demás; esta capacidad es la que nos permite emitir sobre ello juicios de valor. Y si el aprendizaje, como hemos visto, puede condicionar los sentimientos — cosa que, por lo general, se lleva a cabo imperceptiblemente y por medio de mecanismos y estrategias que actúan con toda sutileza y, por eso mismo, muy eficazmente—, el hecho de pararnos a reflexionar sobre los sentimientos propios o ajenos nos ayudará a evaluar de un modo consciente nuestra actitud y, de esta forma, muy bien podemos vernos inclinados a *sentir* de otra manera. Por ejemplo, la reflexión sobre nuestros actos y sentimientos nos puede facilitar creer que es bueno que no haya situaciones de racismo; y, a partir de la interiorización de esta creencia, es posible que se levante en nosotros el propósito de luchar por evitarlas. En este caso, lo que en principio ha estado propiciado por un acto teórico de reflexión pasa a constituirse un comportamiento vivido, emotivo, que nos predispone para confirmar la idoneidad de nuestros actos y sentimientos o, en caso contrario, a la necesidad de un cambio en ellos.

Nuestra conclusión es, pues, que mientras el ser humano viva en un mundo intersubjetivo de relaciones inter-personales, y su subjetividad sea una radical intesubjetividad, irremediamente la actitud práctica y teórica de su vida diaria estará atravesada de compromiso afectivo, emociones o sentimientos.

M^a Luz Pintos Peñaranda
Facultad de Filosofía
Universidad de Santiago
Campus Sur
15706 Santiago de Compostela